

“Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

...en el mundo sin ser del mundo”

Tú sabes, Señor, cómo me llamaste y cómo me sedujiste...

Rondaba los quince años, hija única de un matrimonio humilde y sencillo, pero dotado de los valores que tú les habías regalado y ellos supieron transmitirme.

Estudiante por entonces de bachiller, en un colegio de religiosas de Granada.

Con estos años se tienen muchos sueños: sueños de profesión, de estado de vida, de amistades, de viajes; sueños que se dibujaban con ilusión y que se fueron afirmando y confirmando con el paso del tiempo.

No intuía, para nada, el «aquí estoy, Señor», pero tú sí lo tenías en tu mente, en tus planes, en tus caminos. Caminos que no eran los míos.

La profesión fue fácil de decidir: la docencia me llamaba bastante la atención y mucho más, cuando en mi casa siempre había faltado el bullicio de otros niños /as con quienes crecer, compartir, jugar, pasear...

El estado de vida estaba más dudoso. ¿Tal vez formar una familia numerosa? No estaba claro y, que el tiempo corriera, era lo mejor que me podía pasar.

Comencé a estudiar Magisterio con las religiosas Mercedarias de la Caridad y la vida rutinaria seguía: clases de distintas materias, didáctica, pedagogía, programaciones... pero también tú habías preparado para mí páginas que estaban por estrenar, renglones inéditos.

Mis años fueron pasando y te hiciste el encontradizo mostrándome la vida entregada de una mujer muy sencilla que «estaba en el mundo pero que no era del mundo». Era la «la santa de la puerta de al lado», que tanto comenta el papa Francisco. Vivía en familia, trabajaba como auxiliar de clínica en la consulta de un oftalmólogo y con su amabilidad trataba de aliviar los padecimientos de los pacientes que llegaban. Tenía algo especial, constantemente le brillaban los ojos de mujer enamorada.



Y en el contacto con ella descubrí que el amor de su vida, el centro de su existencia era Jesucristo, a quien ella seguía con una entrega incondicional. Me llamó poderosamente la atención. Su vida fue tu voz, Señor, su testimonio fue tu primera llamada de alerta, la novedad de alguien que busca y encuentra en el mundo una señal indicativa, algo que te ilumina.

¿Cómo? Nunca había oído hablar de esa forma de seguirte, Señor.

¿En el mundo? ¿En su casa? Había estado en contacto directo con la vida religiosa, en los dos colegios donde estudié y, además, tenía una tía, hermana de mi padre, en un convento de clausura, Clarisa Capuchina, y nunca me había planteado nada de vocación. ¡En la mente

de mi madre estaban los nietos! Y la mía estaba en blanco en cuanto a opción de vida.

Pero tú, Señor, me esperaste en el mundo, en «la casa de al lado» te acercaste a mi vida y a través de un testimonio vivo, me hablaste de secularidad consagrada, de vivir en las entrañas del mundo siendo levadura, fermento, sal, luz. ¡Qué desconcierto! No salía de mi asombro.

Ahí te hiciste el encontradizo. «Te acercaste a mi puerta y pronunciaste mi nombre», dice la canción. Y así fue. Viniste a mi casa para que despertara del letargo, de otros sueños que tenía en la cabeza, y me ofreciste, Señor, seguirte, entregarte mi vida «en medio del mundo», pero sin salir de él. Mi sueño se ponía complicado, y mucho más cuando me explicaron que existió un sacerdote vasco, Antonio Amundarain Garmendia, que en 1925 también «soñó» y al despertar se dio cuenta de que él era solo el autor del sueño, y su querida Madre, la Virgen, había hecho «el sueño» realidad.

El 2 de febrero de 1925 mantuvo la primera reunión con un grupo de catequistas de su parroquia en el Camarín de la Virgen del Coro, Patrona de San Sebastián, para exponerle el don carismático que el Espíritu Santo le había regalado: que vivieran una plena consagración teniendo como claustro el mundo, la oficina, la empresa, el taller, el hospital, la escuela... y ahí «sembrarían Virginidad, pureza, transparencia», en cada espacio donde habitaran, donde vivieran, donde trabajaran. El Espíritu Santo le inspiró al Venerable Antonio Amundarain que el mundo necesitaba miradas transparentes para ver sin prejuicios; corazones vírgenes para amar gratuitamente; manos limpias para acariciar lo frágil y vulnerable de nuestro mundo; pies para recorrer caminos y sembrar la belleza de los

valores evangélicos en los lugares más recónditos. Sembradoras del Rostro virgen de Cristo. La propuesta fue aceptada por doce catequistas.

Ese día había nacido lo que en 1950 sería reconocido por la Iglesia como Instituto Secular «Alianza en Jesús por María». Me pudiste, Señor.

Mi «vecina de al lado» pertenecía a ese Instituto.

Después de la sorpresa y de un tiempo de reflexión, fui entendiendo e integrando que la clave de los Institutos Seculares era la coesencialidad de dos extremos que parecen irreconciliables: la consagración y la secularidad. La síntesis de ambas dimensiones da la fisonomía propia a esta forma de vida consagrada en la Iglesia.

«Camináis por el borde de un plano inclinado [...] Es un camino difícil, de alpinista del espíritu», decía Pablo VI en 1970. Y el Cardenal Pironio lo expresaba así en 1980: «Vivan la irrompible unidad de esta vocación única y original en la Iglesia».

Este era el sueño que tú me tenías reservado: plena consagración y plena secularidad. Hoy, después de una larga trayectoria viviendo junto a ti, en pleno corazón del mundo, en los «surcos de la historia», según nos decía Benedicto XVI, trabajando en pueblos y aldeas andaluzas, como maestra de la escuela pública y desde mi secularidad consagrada, perteneciendo a un Instituto Secular, solo puedo cantarte, Señor, un cántico nuevo cada día, cántico de gratitud, de alabanza y de acción de gracias por todo lo que me has hecho gozar en mi vida de consagrada en medio de los hombres y mujeres de nuestro querido mundo, compartiendo sus alegrías y muchas veces sus tristezas, sus gozos, sus esperanzas y también sus sufrimientos. Compartiendo.

Hoy te sigo diciendo: «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad», hasta que me lleves a tu presencia.

M.^a Carmen Fernández Puentes

Instituto Secular Alianza en Jesús por María

Presidenta de CEDIS